



Los momentos en que vibramos y los momentos en que suspiramos: Múltiples eróticas de la excitación física, la anticipación y la liberación¹

Jody Messler Davies, Ph.D.²

Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives

Este trabajo explora la perspectiva de que un nivel óptimo de frustración sexual es una dimensión absolutamente necesaria e irreducible de la excitación y el placer sexual. De hecho, el placer, está basado sobre el disfrute actual de la frustración, de ser capaz de tolerar la creciente excitación física, emoción y tensión, sin ninguna garantía de satisfacción inmediata y liberación. La autora explora las implicaciones relacionales del objeto particular de este único aspecto de la experiencia sexual, elaborando un modelo que sugiere dos diferentes subsistemas de la fantasía erótica interactuando, pero separados, en interacción con muy diferentes configuraciones self/objetos-sí mismo. La primera de estas organizaciones self/otros está organizada y definida por momentos de anhelo y excitación sexual mientras que la segunda ocurre alrededor de los que están definidos como satisfacción, placer y liberación. Se aporta un extenso caso clínico.

Palabras clave: Frustración sexual, Excitación Sexual, Placer sexual

This paper explores the perspective that an optimal degree of sexual frustration is an absolutely necessary and irreducible dimension of sexual excitement and pleasure. The pleasure, in fact, is predicated on actual enjoyment of the frustration, of being able to tolerate mounting bodily arousal, excitement, and tension without any guarantee of immediate satisfaction and release. The author explores the particular object relational implications of this unique aspect of sexual experience, elaborating a model that suggests two different interacting but separate subsystems of erotic fantasy, in interaction with very different self/ other configurations. The first of these self/other organizations is organized and defined by moments of sexual arousal and yearning, whereas the second occurs around those defined by satisfaction, pleasure, and release. An extended clinical example is provided.

Key Words: Sexual Frustration, Sexual excitement, Sexual Pleasure.

English Title: The Times We Sizzle, and the Times We Sigh: The Multiple Erotics of Arousal, Anticipation, and Release

Cita bibliográfica / Reference citation:

Davies, J.M. (2009). Los momentos en los que vibramos y los momentos en que suspiramos: Múltiples eróticas de la excitación física, la anticipación y la liberación. *Clinica e Investigación Relacional*, 3 (2): 261-280.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

Normalmente cuando comienzo un artículo, vuelvo a la literatura psicoanalítica. Empiezo a leer los escritos clásicos, regreso a Freud, Winnicott, Racker, Fairbairn, Loewald -aquellos cuyo trabajo siempre me ha hablado, iluminándome, estimulando mi propio pensamiento. También comienzo a leer escritos de mis autores contemporáneos favoritos -aquellos que ya han abordado alguna parte de mi actual objeto de estudio, aquellos cuyo trabajo respeto particularmente. Pero mi creciente enamoramiento por las complejidades, estructuras e interminables matices del pensamiento y los escritos psicoanalíticos, parece que siempre me dejan una cierta insatisfecha ambigüedad cuando llega el momento de entender a un nivel más profundo las estructuras y los matices implicados en el romance, la atracción erótica y el deseo. ¿Qué hace que alguien se enamore de verdad? De hecho, ¿qué significa esto? ¿Qué queremos decir cuando hablamos de “lo sexual”, “lo sensual”, “lo erótico”, “lo romántico”? ¿Son todos lo mismo? ¿Cuáles son las diferencias entre ellos?. ¿Por qué algunas pasiones sexuales e intimidades crecen y se construyen a sí mismas, en el juego y fantasías eróticas, mientras otras caen al vacío y mueren? ¿Puede durar la pasión sexual? ¿Puede la confianza e intimidad sobrevivir a la inevitable decepción? ¿Podemos continuar anhelando el mismo cuerpo año tras año? ¿Somos capaces de permanecer año tras año acudiendo a la misma persona para llenar nuestras necesidades emocionales, físicas y espirituales?. El tema en sí, parece eludir cualquier tipo de forma de comprensión lineal. Es de alguna manera, irreducible, profundamente incomprensible y contradictorio en su núcleo. Tal vez, tenga que serlo, pero de eso no estoy segura. Debería ser, entonces, una pequeña sorpresa para mí y para cualquiera que, al comenzar este particular trabajo, destaque, no a los psicoanalistas sino a los verdaderos expertos en esta materia; regresé a los grandes poetas. Quería ver lo que tenían que decir acerca de lo que nos hace amar, lo que nos hace arder, lo que nos hace desear.

Les pido que escuchen conmigo un momento:

Homero: Afrodita habló y soltó de su pecho su corsé brocado embellecido de muchos colores, en el que todos sus encantos fueron confeccionados. Dentro había amor y deseo y una suave persuasión que roba la mente (*La Ilíada*, Libro XIV, 214)

Eurípides: El amor vierte deseo sobre los ojos,
El amor lleva una fascinante elegancia al corazón
De aquellos que él destruiría
Rezo para que el amor nunca venga a mí con este intento asesino,
A desmedidos ritmos y salvaje
Ni fuego ni estrellas tienen armas tan potentes como las de Afrodita
(*Hipólito*, I, 525)

Hesiodo: De sus ojos, al mirar, goteaba amor. (*La Teogonía*, 1, 910)

Shakespeare: El lunático, el amante y el poeta,
son todos de imaginación compacta
(*El sueño de una noche de verano*, Acto V, Escena 1)

Dryden: Los dolores de amor son más dulces a lo lejos,
De lo que el resto de placeres son.
("Ah, Cuan dulce es Amar", 5-6)

Estas selecciones nos sumergen en la extraordinaria singularidad del amor romántico y apasionado. Goteamos, anhelamos, somos hechizados -pasión romántica como estática, creativa, transformadora. Nuestros ojos se abren sobre nuestras almas y exponen nuestros deseos, así como nuestras exquisitas vulnerabilidades. Pero el deseo está estrechamente ligado al sufrimiento. El amor sostiene intenciones asesinas y roba las mentes de aquellos que caen bajo sus encantos. De otra forma, los amantes sanos son conducidos a crímenes de asesinato pasional o hacia actos intensamente masoquistas de inmolación simbólica del Self, para recapturar así, la intoxicante experiencia de mutua idealización romántica o para vengar y así sobrevivir a momentos, que de otra manera, serían de un humillante y no anticipado rechazo, por parte de aquellos otros amados sobre cuyas vidas se han organizado. Si el abandono es el contrapunto peligroso, poniendo en riesgo el apego seguro, entonces, seguramente la vergüenza y humillación del amor no correspondido sirven a la misma función *vis a vis* que el amor romántico. Sin embargo, a pesar de nuestra aparente comprensión de los peligros no paralelos del amor, emerge la básica verdad humana, La mayoría de nosotros, somos adictos al amor. Entramos en su teatro con los ojos bien abiertos, y todavía la mayoría de nosotros entramos a pesar de eso, ansiando sus intoxicantes efectos. La pasión romántica emerge a medida que la apoteosis de la existencia humana, y nuestra entrega a esos peligros dispares de la pasión romántica salvaje y a los otros idealizados que roban nuestros corazones y confunden, tal vez, nuestras mentes, emergen para muchos de nosotros como los momentos claves que marcan nuestras vidas, organizan nuestros recuerdos y construyen los significados que les asignamos.

El Psicoanálisis parece, últimamente, estar retomando un intento renovado para desenredar y deconstruir las estructuras alusivas a la fantasmagoría de la pasión romántica. Mientras leo a mis colegas, me llama la atención, como cuando leí a los poetas, que dos amores parecen estar emergiendo, dos amores profundamente diferentes, ahora, y sin embargo con sonidos de canciones de amor que misteriosa y sinérgicamente cantamos y nos han cantado. Deberíamos imaginar estas tensiones por el momento, como los erotismos de la oscuridad y los erotismos de la luz, los cuales evocan para muchos de nosotros, muy diferentes corrientes de pensamiento en la literatura psicoanalítica. Cuando pienso en los erotismos de la luz, quiero remarcar: el intento de George Klein (1959) de separar las dimensiones de la ternura y la sensualidad de la vida erótica; la descripción que ofrece Emmanuel Gheint (1990) de la "Rendición"; el énfasis de Stephen Mitchell (2001) en la necesidad de tolerar la incertidumbre e impredecibilidad para sostener un apego apasionado y la intimidad; el foco que pone Virginia Goldner (2004) en las rupturas y reparaciones a lo largo del ciclo vital como la esencia de la intimidad y la constancia del romanticismo; y más recientemente, el énfasis de Jonathan Slavin (2004) sobre lo que él llama "sexualidad inocente", una sexualidad que existe con anterioridad y después paralelamente a las más perversas y poderosas dimensiones que pueden corromper y distorsionar el amor en algo menos de lo que es.

Dramáticamente diferente en tono y estructura, es la literatura que considero más oscura, más siniestra, más pesimista. Pienso en el trabajo de Sheldon Bach (1994) y Otto Kernberg (1991) sobre la perversión como la preponderancia instintiva del odio; pienso en la bien conocida afirmación de Kernberg de que "la perversión es el reclutamiento del amor al servicio de la agresión" (p.45); en las ideas de Michael Bader (1993) acerca de lo que él llama "sadomasoquismo adaptativo" como representación de un aspecto necesario de crecimiento psicológico. Pienso más placenteramente en el reciente trabajo de Muriel Dimen's (2003) sobre lo que ella llama el factor "Ewww" en sexualidad, la incorporación de actos físicos que nos dan asco, nos disgustan y nos avergüenzan. Pienso en el énfasis

de Ruth Stein (1998) en la “otredad” del amante, y su evocación de la visión de Bataille del orgasmo como una “pequeña muerte”- en términos de Bataille, refiriéndose a la fusión de objetos separados y la disolución del yo”. Y, por supuesto, pienso en el trabajo de Jessica Benjamin (1995) sobre el reconocimiento y la negación, su creencia en que “lo que erotiza a la sexualidad es la supervivencia del otro a través del ejercicio del poder, la capacidad de Eros para jugar con, en vez de ser extinguido por la destrucción elaborada por la fantasía” (p.206). Estas listas son impresionantes e incompletas, pero creo que con sus diferencias inherentes en énfasis capturan algo sobre la naturaleza de mi dilema.

¿Sobre qué sexualidad voy a escribir?. Debería escribir acerca de la luz o de la oscuridad. ¿Acerca de frescas noches de verano, largas, fluidas, *negligees* rosas, buenos vinos, y sonetos de Shakespeare?. ¿O sobre lo oscuro, noches calurosas, “golpes de tambores desconocidos”, los placeres inherentes a determinados tipos de dolor y pequeños objetos de cuero negro evocadores de fantasmas?. ¿Debería escribir sobre “buen sexo” o sobre “mal sexo”? me pregunto. En mi batalla con estas preguntas, me recuerdo a mí misma que el “sexo bueno” no es siempre tan bueno, y el “sexo malo” suele ser mucho mejor que eso. Pero entonces, de nuevo, ¿quién de nosotros procedería completamente sin esos sonetos y vinos tintos?.

Rose tenía 75 años cuando acudió a mí para un psicoanálisis intensivo. Fue durante muchos años profesora de estudios medievales en una prestigiosa escuela de artes, liberal, de la costa occidental. Estuvo casada durante 45 años con Bob, también profesor de la escuela, y tuvieron cuatro hijos, ya adultos. Rose es viuda desde hace diez años. Ahora tiene una nueva relación, la primera desde la muerte de su marido, con Sam de 75 años. Al comienzo de nuestra primera sesión, casi enseguida y de una forma muy directa, dijo: vendré a aprender y divertirme y que acababa de experimentar su primer orgasmo y que aquello le había dejado alucinada. “No puedo parar de pensar en sexo”, me dice casi en un susurro.

Lo quiero todo el tiempo..... Después de todos estos años pensé que me conocía y comprendía a mi misma bastante bien. Pero ahora simplemente, no se quién soy. Tengo todos esos pensamientos que nunca habría imaginado tener. Incluso me masturbo. [Se ruboriza]. Nunca había hecho eso antes. Y.....bueno..... [titubea en este momento] Sam incluso me compró un vibrador por mi cumpleaños. Un vibrador! Te puedes imaginar? Por mi cumpleaños!!! Bob solía comprarme jerseys.....

Observo a Rose con algo de sorpresa y noto como sus ojos cansados brillan con excitación y como la sabiduría de su edad, combinada con la urgencia y la excitación de los descubrimientos sobre sí misma y las sinceras revelaciones sobre sí misma, se contagian. También noto que su fina piel envejecida parece estar iluminada desde dentro, un prometedor y cálido brillo que literalmente quita años. Ella se echa hacia delante en su silla, ansiosa por compartir, ansiosa por una confidencia, ansiosa por aprender, en este momento es una chica joven y enamorada.

¿Crees que me puedes ayudar? Pregunta pronto en la sesión.

“No lo se, Rose” Respondo honestamente. Ni si quiera estoy segura aún, de cuál es exactamente el problema. Pero, por supuesto que querré ayudarte a entender lo que te ha sucedido y qué te ha hecho sentir tan insegura.”

“Me dicen que estás interesada en el sexo”, me cuenta. “No se exactamente qué significa eso.”

“Yo tampoco estoy segura, pero qué pensaste cuando escuchaste eso?”, le pregunté decidiendo hacer una incursión exploratoria temprana en la habilidad de Rose para trabajar con la fantasía en la transferencia.

“No estaba segura”. Dice con una risita. “A lo mejor tu eres una maníaca sexual como yo”. Se está riendo, pero claramente avergonzada y tal vez preocupada.

“Dos maníacas sexuales, eso haría de nosotras una buena pareja”, Le respondo sonriendo, eligiendo mantener el nuevo espacio de transferencia de fantasía abierto.

“Seguro que lo haría, podría ser peligroso”, dice, sus ojos se estrechan. Siento su placer en ese momento, pero también un serio propósito detrás de su forma de jugar. Parece mayor, su sabiduría reaparece, busca mis ojos para algo, fijando su mirada en ellos de forma penetrante. De repente yo soy la niña pequeña, sentada en el despacho de mi profesor de inglés. Estoy siendo evaluada y medida. Soy consciente de que quiero gustarle.....

“Responde a una pregunta”, me dice, y ahora la pregunta va a ser osada “¿Crees comprender el amor y la pasión?”

Le respondí de una forma casi reflexiva, consciente de que ya he caído en un potente deseo contra-transferencial de ser respetada y admirada por esta mujer, quien ha decidido pasar la última fase de su vida en unas aguas tan complejas como personalmente desconocidas. “No, ni lo más mínimo”, Le digo. “He pensado sobre ello, y escrito sobre el tema, incluso doy clases sobre ello; pero no, realmente no lo entiendo. Creo que entiendo algunas cosas, y lucho para comprender otras, pero la complejidad siempre me sobrepasa”. Temo en este momento que mi inseguridad en el tema la pueda disuadir.

“Hmmm.....”, masculla, y siento que acaba de decidir mi nota final para el semestre, temo que no es una buena nota. “Te voy a dar una oportunidad”, declara. Suspiro de alivio. “Trabajaré contigo durante un tiempo y veremos qué tal va. Odio las personas que conocen todas las respuestas. Maldita sea, es casi imposible aprender algo de alguien así.”

Siento como si acabase de estar a punto de ser despedida, como la asistente de investigación especial de la Profesora Rose, con la seguridad de mi trabajo dependiendo de la calidad de mis resultados a medida que se acaba el semestre. Pero en cuanto comienzo a hacer balance y contemplar este único paradigma de transferencia-contratransferencia, las cualidades particulares de la experiencia del self/otro comienzan a aparecer de nuevo; Rose se vuelve más blanda, más cuestionada, más insegura de sí misma, más anhelante. Se echa hacia delante de nuevo, y mi propia autoridad parece resurgir. Ella es una vez más la chica joven y enamorada, pero también una mujer mayor en los que son probablemente, los últimos años de su vida, eligiendo pasar esos años en un mundo que ella está lejos de conocer.

“Sabe, he amado a mi marido más de lo que nunca he amado a nadie. Le amé profundamente”, confiesa. “Pero Sam está en mi cuerpo de una manera en la que Bob nunca estuvo. Y no tengo ni idea de cómo se metió ahí dentro. Ni siquiera estoy segura de que le quiera..... o esté enamorada de él. Simplemente no sé nada..... Excepto sexo..... quiero tener sexo..... con Sam..... todo el tiempo. ¿Y sabe lo que es aún más extraño? Creo que Sam siente lo mismo por mí. Puede imaginarlo?”. Ahora Rose está llorando.

Cuando sale de mi despacho por primera vez, me encuentro asombrada por cuantas partes de sí misma me ha revelado Rose, cuantas partes de mí misma han sido movilizadas y evocadas en respuesta. Estoy sorprendida por la yuxtaposición de coraje y convencionalismo, de complacencia y un espíritu de aventura, de íntima pero domesticada

sexualidad al lado de una pasión que se siente salvaje y nueva, más que un poco imprudente y fuera de control. Admiro a Rose inmediatamente. Soy consciente de que la quiero proteger. Quiero hacer que su aventura sea segura, pero soy consciente de que la noción de aventura sexual segura es una simpleza. Mientras me preparo para cambiar de herramientas para mi próximo paciente, oigo una frase persistentemente, y soy consciente, por primera vez, de que Rose ha repetido la frase, “¿Puedes imaginártelo?”, al menos tres veces en esta sesión inicial. Al cerrar la puerta tras ella, me encuentro a mi misma pensando en si me convertiré en el Bob o en el Sam de Rose.

Regresaré al caso de Rose, durante el resto de este trabajo, mientras intento trabajar en algunas de las contradicciones entre la luz y la oscuridad que he descrito, entre sexo bueno y malo. Lucho con las agonías y el éxtasis de la pasión romántica tal y como son descritas por los poetas, con el peculiar sentido de terror y aprensión que pueden acompañar la experiencia de uno al “enamorarse”, de hecho, con la ecuación de *amor* con el caer irresistiblemente enamorada, con la frecuente y exasperante lucha no cooperativa entre el deseo y el amor, “Quise a Bob, pero Sam está en mi cuerpo”. También me centro en el polimórfico disfrute de toda fantasía sexual -el lado oscuro de Eros- y sugiero que su controvertida perversión y la misma vergüenza que normalmente la acompaña, son una parte de la condición sexual humana. Con la amplitud con la que expresamos nuestras sexualidades, todos somos perversos. De hecho, la habilidad para absorber esa vergüenza y tolerarla, mientras se extrae placer sexual de la fantasía que la ha causado, es un logro del desarrollo que veo como una precondition para la satisfacción sexual. En última instancia, sugiero que el deseo erótico y la pasión romántica son inherentemente perturbadoras y desorganizadoras, porque su satisfacción se deriva de una compleja coreografía, de estados del self infantiles contradictorios, organizaciones del self/otros, dimensiones corporales que contienen patrones de excitación fisiológica que son evolutivamente incomprensibles, profundamente disyuntivos y sin embargo, todavía indelebles. Al igual que Joyce McDougall (1989), yo también creo que toda la sexualidad infantil es inherentemente traumática, no (como ella cree) porque los impulsos sexuales entren en contacto con la realidad externa y represora sino porque, a mi modo de ver, tanto los esquemas cognitivos como la evolución de la implicación relacional del self/otros que sería necesaria para codificar la excitación sexual de una manera significativo está muy por detrás de las capacidades evolutivas disponibles en el momento en el que comienzan las primeras experiencias eróticas.

La sexualidad, a mi parecer, es única desde el “tomar-irse” y su satisfacción en nuestras primeras relaciones de objeto, es diferente de cualquier otra forma de experiencias interpersonales nutritivas. Les pido que se introduzcan en un breve experimento conmigo. Les pediría que cierren los ojos e imaginen la experiencia de comer la más deliciosa comida que se imaginen. Supongo que simplemente llegan a notar un aumento de salivación y una sensación de profundo placer y satisfacción, un momento de saciación y plenitud. Ahora les pido que cambien completamente de registro, manteniendo los ojos cerrados, e imaginen la más deliciosa experiencia de excitación y pasión sexual que puedan, un recuerdo o una fantasía, eso no importa. En este momento sentirán una satisfacción incompleta, un precario balance logrado, el sostenimiento de una línea muy fina entre un profundo sentimiento de anhelo físico y la ilusa promesa, en el aire, de total alivio y liberación de su deliciosamente tormentosa esclavitud. El punto clave, por supuesto, es que un grado óptimo de frustración sexual es una dimensión absolutamente necesaria e irreductible de la excitación sexual y el placer. El placer, de hecho, está basado, en el disfrute momentáneo de la frustración, de ser capaz de tolerar un incremento de la excitación corporal y tensión sin ninguna garantía de satisfacción inmediata y liberación de lo vivido. Esta idea no es nueva, Otto Kernberg (1991),

(basándose en Fairbairn), mira hacia la búsqueda del “amor adulto”, como la lucha del individuo de unificar las primeras excitantes y gratificantes imagos maternas. Muriel Dimen (1999) lleva esta particularmente única cualidad de la sexualidad lo más lejos posible en su distinción entre libido y “lujuria”. Dimen dice, “si la libido marca la línea final y los límites de la biología, la lujuria marca las contradicciones, la alegría y el sufrimiento gemelar de la psique” (p.425), y más tarde en el mismo trabajo, “Dos estados considerados normalmente como mutuamente excluyentes – deseo y satisfacción, o tensión y liberación- de hecho, coexisten en la lujuria”. (p.431).

Mi propio interés en este trabajo, es tratar de comprender las particulares implicaciones de las relaciones de objeto de este aspecto único de la experiencia sexual, junto con su muy particular trayectoria evolutiva. Avanzo para elaborar este modelo y sugerir que, de hecho, dos subsistemas diferentes, pero separados, de fantasía erótica, en interacción con muy diferentes configuraciones del self/otros, toman forma en los momentos definidos por experiencias de excitación sexual mental y anhelo así como en las experiencias de satisfacción, placer y liberación. Sugiero que estos subsistemas desafían la integración y permanecen separados por un periodo más largo de lo normal en otras áreas de desarrollo, emergiendo y elaborándose a sí mismas con el tiempo, tomando diferentes dimensiones dentro de diferentes épocas evolutivas, y tan solo llegando a estar juntas más tarde y manteniendo alguna que otra batalla interna.

Aunque resueno más profundamente con la definición que hace Dimen de la lujuria, me gustaría corregirla en este contexto, y sugerir que la capacidad para la satisfacción sexual reside de lleno en la capacidad del individuo para sostener un estado de creciente e intensa excitación sexual (esencialmente, una forma de frustración), junto con la igualmente placentera anticipación de su satisfacción final. En el mismo encuentro sexual o en la temprana experiencia erótica, la frustración y la satisfacción no son enteramente simultáneas. Es el estado afectivo que yo llamo “anticipación placentera”, el cual mantiene la intensificación de la excitación física y mental, haciéndola tolerable, e incluso una experiencia de disfrute, tan sólo porque también mantiene en la mente la creencia en la satisfacción sexual y desahogo final. En esencia, estoy trabajando con la noción de Fairbairn (1943) de que el objeto de excitación fue escindido del objeto negativo y sugiriendo que el “objeto excitante” existe actualmente en una relación escindida disociativamente de ambos, objeto bueno y objeto malo. Sugiero aquí que la capacidad para la anticipación placentera, representa un logro del desarrollo en y de sí mismo, la creación de un puente psíquico entre la relación de un individuo con un “objeto excitante y bueno” y con un “objeto excitante y malo”. Es un logro evolutivo que permite la simultánea coexistencia psíquica de estas dos muy diferentes configuraciones self/otros y sistemas de identificación y contra-identificación que permiten a la sexualidad, desdoblarse y elaborarse a sí misma; un logro del desarrollo que descansa precariamente sobre la capacidad de superar la falla de delimitación de las primeras configuraciones infantiles disociadas self/otros y los sistemas de elaboración de la fantasía erótica. Déjenme elaborar los argumentos.

Como todos sabemos, los ciclos de excitación e inactividad, comienzan en los primeros días de la infancia. El placer fisiológico no está diferenciado, aparece y se resuelve a sí mismo, sólo para soportar una y otra vez ciclos infinitos de necesidad y satisfacción, de los cuales, la última resolución depende de los aportes suficientemente sensibles del otro cuidador y empático. Mi punto de vista es, por supuesto, es que en estos primerísimos ciclos de excitación y relajación, cuando la capacidad de un niño para creer en y contar con la satisfacción final de sus intensos estados de necesidad comienzan a fusionarse. Su habilidad posterior, para mantener y, de hecho, extraer placer de la frustración y/o

excitación, mientras, va anticipando esta resolución, empieza a formar un sustrato fisiológicamente basado para la capacidad de posteriores placeres eróticos.

Sugiero que desde los primeros días de vida y durante la infancia, un aspecto del self comienza a formarse y organizarse en relación a un objeto que provoca placeres sensoriales, ternura erótica, resonancias íntimas, así como liberación de las torturas de un intensa excitación fisiológica. Este es el objeto en cuyos brazos caemos, nos derretimos y nos fundimos. Deberíamos llamarle “El objeto bueno excitante”. Este es el objeto con el que experimentamos el placer, la cohesión, saciación, y un sentimiento de plenitud; a medida que avanza el desarrollo se convierte en el sitio del romance, la adoración mutua, y la mutua idealización edípica (ver Davies, 1998, 2003).; “El amor destila deseo sobre los ojos”; trae “una fascinante elegancia al corazón”, nuestros ojos gotean amor. Este es el estado de self/objeto en el que miramos profundamente a los ojos de nuestro amado; es la escena de fusión erótica y la última rendición orgásmica. Y aún su supervivencia es precaria. Deberá de alguna forma estar protegida de la agresión, expulsando de nuestra relación lo que deberemos considerar como el mal objeto de excitación, el objeto que nos despierta y nos excita, el objeto que se burla, nos tortura y nos mantiene cautivos, esperando la liberación final.

A lo largo del abismo disociativo, en estos emergentes estados del self de intenso deseo, anhelo y excitación se encuentran las fantasías eróticas, construidas para soportar y sostener esta particularmente desafiante configuración self/otro. Estas son las fantasías comúnmente asociadas con lo que he denominado: “el lado más oscuro de eros”, o, lo que hemos llegado a considerar como “lo perverso”, con *p* pequeña. Permítanme que haga aquí una pausa, para explicar el uso que hago del controvertido término *perversión*. Aparece a lo largo de todo este trabajo, para indicar una especie de aspecto universal, fuertemente polimórfico y casi siempre vergonzosamente misterioso de la imaginación sexual humana, un aspecto de la fantasía sexual y del comportamiento, que puede ser experimentado como desviación, pero que, a mi modo de ver, implica, en este trabajo, cualquier cosa menos eso. Estas son las fantasías que consideramos “un poco más sucias”, “un poco más bastas”, y normalmente “un poco más calientes”. Estas son las fantasías que todos tenemos y de las que a todos nos da vergüenza hablar “rezo par que el amor nunca venga a mí con su intento asesino, a desmedidos y salvajes ritmos”. Estas son las fantasías que implican agresión, vergüenza, dominación y sumisión, las dimensiones de poder de “quién quiere más a quién”, “quién necesita más a quién”, “¿vendrá él?”, “¿se quedará ella?”, “¿debería retenerla?” “quedarnos abajo para sostener”, que excitan, titilan y nos conducen a la distracción y la rendición al otro. Estas son las fantasías que unen el self con un tenso, burlón, siempre seductor “objeto malo excitante”. De hecho, se puede sugerir que la historia de *perversión* lúdica de un individuo, mantiene, de hecho, su relación con este “otro excitante y elusivo”. De hecho, podemos considerar que el no tener este tipo de fantasías es más patológico que tenerlas, así como su ausencia indicaría la continua disociación en la edad adulta del sistema de elaboración sexual erótica que es evolutivamente ineludible. Sin embargo, la capacidad para sostener este aspecto de la experiencia del self/otros e integrarla finalmente en la propia sexualidad madura, implica la lenta elaboración a través tanto en la fantasía y de la relación interpersonal de sus aspectos intensamente plagados de vergüenza, una integración en algo más placentero, menos tóxico, menos incompatible con el placer.

Por supuesto, implícitos en estos sistemas separados, disociados de fantasía erótica mantenidos profundamente, hay también convicciones disociadas sobre uno mismo como un objeto en los encuentros pasionales -el self, experimentado a través de los ojos, el cuerpo y, por último, la mente del otro: experiencias de uno mismo como adorado,

idealizado, querido, sexualmente atractivo, potente y poderoso; fantasías de uno mismo como un seductor o seductora, algunas exitosas y otras no; experiencias de uno mismo como un perdedor en aventuras románticas, no atractivo, impotente, rechazado, e indeseable. También fantasías de uno mismo como parte de un objeto o parte de un cuerpo flotando dentro y fuera de nuestra relación con los otros, el self como pecho, pene, vagina, o ano; el self como piel, boca, pelo; el self como rugoso o suave, duro o blando..... la dimensión de una parte del objeto “cómo soy usado-cómo soy experimentado” en un encuentro erótico.

Pienso que para un “momento de desarrollo” cada estado del self y su mundo erótico acompañante vive independientemente sin ser consciente de los otros, separados y disociados, comprometido con sus propias fantasías únicas y relaciones de objeto imaginado. La integración está debajo de esta habilidad evolutiva. Los dos estados del self y sus sistemas de fantasías relacionados coexisten, cada uno sin ser consciente de la presencia del otro. Así que nuestras primeras experiencias y fantasías del self erótico con el otro erótico, implican dos partes separadas y conjuntos de ideas, afectos y sensaciones corporales profundamente disyuntivas. Para proteger al otro bueno, sensual y gratificante de las fusiones románticas idealizadas, la sensualidad tierna, y el saciarnos, se pone en juego una disociación defensiva de las configuraciones del self/otros. No sólo las experiencias del self y las experiencias de objeto se escinden primitivamente sino que se separa y disocia incluso el contenido completo de la vida de fantasía erótica. Sexo limpio y sexo sucio, sexo romántico y sexo picante, pasión gloriosa y erotismo lleno de vergüenza, proyecta, para siempre, una sombra primitivamente bifurcada en todos los posteriores encuentros románticos y apasionados e infunde estas representaciones de self y objeto con los tonos y texturas de las fantasías congruentes y acompañantes. La pregunta “¿Quién soy cuando estoy desnuda delante que mi amante?” adquiere una creciente complejidad y una inherente contradicción. Mi dilema sobre qué sexo debería desplegar comienza a tener sentido.

De alguna manera, el niño en desarrollo y el joven adulto, deberán desarrollar su capacidad para conectar estas dos sistemas disociados de organizaciones eróticas del self/otros, para permitirles coexistir, para modular y contenerse entre ellas. La experiencia de un erotismo robusto y resiliente, depende de su coexistencia simultánea entre la toma de conciencia y su interpenetración placentera tanto de la fantasía erótica como del comportamiento sexual actual. La base de apego de la niña, su capacidad para creer en la fiabilidad de sus objetos buenos para aliviarse y confortarse, debe permitirle el espacio psíquico para disfrutar la anticipación placentera de la liberación sexual mientras contiene la frustración de una emoción y excitación siempre en alza. La capacidad para experimentar la anticipación placentera no debe ser sobrepasada por la frustración y la ira; tampoco puede ser inhibida y potencialmente apagada su elaboración fantasiosa, por una demasiado restrictiva y primitivamente bifurcada, noción de “lo bueno”. Una sensación de aventura lúdica plena, travesuras, atrevimientos, la capacidad para tontear y no torturar, para encantar y no atormentar, para atraer sin quedar literalmente atrapado y cautivo, comienza a emerger en la fantasía, tanto reflejando como construyendo el puente entre mundos disociados más primitivos. A medida que el self erótico se despliega, aprendemos, esperamos continuar sumergiéndonos en las fantasías que comenzaron en estos estadios disociados, pero ya no vivimos más sin tener en cuenta la inclusión/exclusión con el otro. El primer plano de uno se adhiere claramente al fondo de ambos. La llamada organización esquizo-paranoide, pre-ambivalente, profundamente bifurcada, formada por sí mismos y otros dispares, los sí mismos y otros sexuales de la activación y satisfacción defensivamente disociadas, son lentamente reunidos en niveles de posiciones de integración y organización psíquica más

complejas, ambivalentemente sostenidas y más depresivas. Una fantasía que puede dirigirnos fuertemente en una dirección, es experimentada como parte de un todo que lo incluye todo. Por tanto, la capacidad evolutiva para experimentar lo erótico como un continuo despliegue a lo largo de todo el ciclo vital, representa un reto de auto-regulación e integración particularmente complejo.

En los primeros días de nuestro trabajo juntas, Rose me habla de su vida con Bob. Es una historia de pasajes colegiales y domésticos: dos profesores de universidad, sus adorables y amados hijos y nietos, intereses académicos mutuos, calidez, ternura, y profundo respeto. “El sexo era silencioso”, dice Rose. “Nos abrazábamos, peleábamos, hablábamos y reíamos. Bob podía correrse y yo le sostenía. Era muy bonito..... supongo.....Al menos, eso pensaba entonces. Era mucho mejor, mucho más cálido, mucho más amoroso que el modo en el que yo crecí. Nunca lo cuestioné”. Rose había sido la primera de tres hermanos y la única niña. Su madre estuvo profundamente deprimida durante gran parte de su niñez y adolescencia, Y Rose había sido esencialmente responsable del cuidado de sus dos hermanos pequeños. Recordaba a su madre como una mujer fría, inaccesible y poco cariñosa. No había, prácticamente, contacto físico entre ella y sus hijos. “Siempre estaba en la cama cuando volvíamos a casa del colegio, parecía como si hubiese estado ahí todo el día. Raramente cenaba con nosotros.” Solía ser Rose la que preparaba la cena y ayudaba a sus hermanos con los deberes.

El Padre de Rose era claramente el más cálido, un padre emocionalmente más comprometido, y Rose era claramente su hija favorita. Sin embargo, el padre pasaba mucho tiempo fuera de casa, supuestamente por negocios, y cuando estaba en casa, él y su madre tenían poco que hacer el uno con el otro. Él se aseguró que todas las necesidades físicas y financieras de la madre estuviesen cubiertas, pero raramente hablaban, y el padre, normalmente dormía en su, por aquel entonces, oficina, que estaba en el otro lado de la casa, cuando estaba allí. Pero el padre de Rose la adoraba, y era ella y no su madre quien era claramente el objeto de su adoración y afecto cuando estaba en casa. Siempre le trajo regalos bonitos y exóticos cuando viajaba, y donde quiera que estuviese llamaba a Rose cada noche, antes de que se fuese a la cama, era su propia forma de “meterse en ella” simbólicamente.

Sin embargo, a partir de la mitad de su infancia y en adelante, Rose sospechó que su padre tenía una relación romántica con otra mujer. Una vez encontró una fotografía de una mujer sonriente, vibrante, joven y atractiva, y cuando preguntó por la identidad de la mujer, su padre agarró la fotografía de sus manos con un enfado que no era propio de él, y le hizo prometer que nunca le diría a nadie haber visto esa foto, que nunca le mencionase el tema a él tampoco. La experiencia consciente de Rose era de celos, odiando a esa mujer que le arrebató a su padre de ella y de su casa. Para Rose, la otra mujer se convirtió en una “puta” una “guarra” un receptáculo para todas las proyecciones negativas de una sexualidad excesiva y desenfadadamente cargada de agresión. Ella veía su propia relación con su padre como la encarnación de todo lo puro, tierno, amoroso y romántico. Con mucha vergüenza y muy vacilante Rose me confesó que poco después del incidente narrado, robó la fotografía de esa mujer y la escondió en su cuarto, donde permaneció de ahí en adelante, con la fantasía de que Rose podía eliminar la presencia en su vida de esta otra mujer mientras la fotografía permaneciese escondida. Ocurrió varios años antes de que yo llegase a entender el fuerte y creciente rol que esta mujer y su fotografía pasaron a jugar en su vida interna de fantasía. El mundo emocional de Rose con su madre estaba hecho de hielo. Su padre trajo algo de afecto y amor pero el dramático impacto de la foto y la reacción de su padre sugirieron a Rose que el corazón de su padre no le pertenecía a ella realmente.

Pertenecía a otra mujer, vibrante y sonriente, alguien que parecía más feliz de lo que Rose jamás se había sentido. En algún lugar de la mente de Rose, esta otra mujer se convirtió en (“hot....too hot”), fuego y hielo con remarcablemente poco espacio en medio.

Bob, apareció, trayendo amor y estabilidad a la vida de Rose. Habiendo perdido a su madre a los diez años, Bob se sintió profundamente enamorado de Rose, poco después de conocerse y la instaló permanentemente en un vacío emocional abierto dejado por su, ahora, idealizada y querida madre. Para Bob, Rose se convirtió en la encarnación de todo lo bueno, amor, calor, cuidado y solidez. Hambrienta de esa romántica idealización y adoración, traumáticamente rota por su descubrimiento del secreto asunto de su padre, Rose absorbió hambrientamente y por completo estas proyecciones, modelando su comportamiento, sus relaciones, y de hecho, su vida interna de fantasía acerca de esas proyecciones. De hecho, cuando eran adolescentes, los hijos de Rose solían burlarse de su impregnable bondad, llamándola cariñosamente “Santa Rosa”. Había pocas críticas, malos temperamentos, y casi ningún enfado expresado en este hogar. Habiendo experimentado una pérdida tan traumática y temprana, Bob temía claramente su agresión, y a Rose le aterraba hacer o decir cualquier cosa que pudiese destruir el halo a través del cual Bob la veía a ella. Para Rose, no era un mal compromiso. Si ella tenía que evitar el fuego, entonces al menos nunca tuvo que volver a enfrentarse al hielo. Bob no era otra cosa que implacablemente cálido.

Pero entonces murió Bob, y con él, la camisa de fuerza erótica y emocional de sus proyecciones. Rose tuvo que afrontar el abandono, y lo hizo. Pero la perversidad de la vida trajo a Sam a su mundo: Sam, quien era más pícaro, más aventurero, un poco demonio. Sam, quien quizá no era tan bueno o buena persona. Cuando estos dos se pusieron desnudos delante del otro, brotó una química emocional y erótica totalmente diferente con mutuas proyecciones e identificaciones. Esta química dejó a Rose sintiéndose en un terreno desconocido. Se asustó. Sintió que no se conocía a sí misma. Se avergonzaba de las cosas que sentía en su cuerpo y de las cosas que había en su imaginación. Ella sospechaba de Sam, de lo que ella sentía cuando estaba con él. Se enfadó con él, estaba celosa de él, nunca estaba tranquila, pero se moría por él, por su presencia y sus caricias, y, a la edad de 75 descubrió que estaba siempre excitada.

Rose pasó la primera fase de su análisis describiendo su infancia, reviviendo su muerte emocional y el frío penetrante que había envuelto su mundo. Describió el contraste de su vida con Bob, y describió la ansiedad, culpa, vergüenza, y mistificación que le infundía su vida erótica con Sam. Bob era tan bueno. Bob la quiso tan cariñosamente. Bob había estado tan constante y amorosamente disponible. ¿Cómo podía ella sentir la intensidad que nunca había sentido con Bob con este hombre nuevo y relativamente desconocido?. La pregunta y su implícita traición al marido al que había amado tanto y tan bien, le atormentaba. “¿Qué clase de mujer era ella?”, se preguntaba Rose.

En la transferencia parezco convertirme en la guía de Rose, su campeón, su abogado. Traté de acallar su vergüenza, animar sus fantasías, y reconocer su profundo amor por Bob así como su impacto restrictivo. Al principio, esto pareció ayudar. Rose jugó con estas ideas y pareció relajarse un poco, pero la culpa y vergüenza que sentía en relación a Sam persistió. “¿Está bien?”, preguntaba siempre ella, “el sentirse de esta manera, imaginarse estas cosas, el querer el tipo de experiencias sexuales que ahora ansío”. Mi rol parecía construirse como el de alguien que enseñaba, animaba, reaseguraba y preservaba la inherente bondad de Rose. A pesar de mi anterior presentimiento, yo de hecho me había convertido en “Bob”. Rose y yo parecíamos atrapados en esta particular diada transferencia-contratransferencia.

Comencé a sentirme inquieta y frustrada con este aparente punto muerto.

Como psicoanalistas debemos presumir que la capacidad de evolución para tal compleja coreografía integrada por el excitante objeto bueno y el objeto excitante malo de eros, junto con el elaborado sistema de objetos congruentes de experiencia personal, se sitúa firmemente a sí misma en el sistema interno altamente elaborado y constantemente en evolución de la fantasía sexual, y la actividad auto-regulatoria de construcción de significados. La capacidad para sostener una conexión con estos dos objetos excitantes y con la experiencia self/otro que generan depende de la sustitución de la fantasía o proto-fantasía por la presente constancia y atención del objeto actual. Laplanche (1976) propuso que el verdadero comienzo de la sexualidad hay que fijarlo cuando un impulso ordinario no sexual, que ha estado generando un cierto nivel de tensión y activación, pierde su objeto natural, por ejemplo, pierde el pecho mientras se mama. Laplanche creía que la excitación reduce el proceso que él denomina “fantasmaticización”, en el cual el objeto natural es reemplazado en su momento de pérdida por una fantasía esencialmente auto-erótica. Es esta sustitución de fantasía por la presencia actual del otro, la que representa, para Laplanche, el momento en el que realmente nace la sexualidad (ver también Benjamin, 1995; Stein 1998).

Sin embargo, desde mi propia perspectiva, la vida erótica en la fantasía no cumple simplemente una función sustitutiva. Las fantasías y las relaciones de objeto imaginadas que las atienden, también representan una lucha de auto-regulación, para contener intensas sensaciones corporales y crear el particular puente entre activación y liberación sobre los que estoy escribiendo. Es el espacio en el que la “anticipación placentera” nace y el espacio en el que es elaborada. Es el espacio en el que los individuos intentan organizar y entender los significados inherentes en los aspectos reales e imaginados de la experiencia erótica en sí misma. La fantasía se convierte en un puente potencial entre estados del self defensivamente disociados y representaciones de objeto primitivamente bifurcadas. La fantasía psíquica se convierte en desarrollo psicológico y elaboración del yo en el proceso vital. En esencia, el sustituto se convierte en la cosa misma.

Pero la sexualidad parece, de algún modo, desparramarse fuera de nosotros y desafiar las auto-regulaciones y los significados construidos de la manera habitual. Es este hecho, el que yo creo que habla de la tenacidad del eros bifurcado que he descrito, y de la probabilidad de que eludirá una integración fiable por un periodo mucho más largo que las relaciones de objeto escindidas de, digamos, odio o envidia. Uno de los aspectos únicos de nuestros sí mismos sexuales es el modo en el que, desde una edad muy temprana, asignamos significado a las experiencia, sensación y relación sexual, con una relativa ausencia de cualquier contención o aporte parental. En un trabajo anterior (Davies, 2001) sugerí que las experiencias eróticas sexuales de nuestros hijos, son, en gran medida, el área de intensa activación emocional y fisiológica, que nosotros, como padres, no les ayudamos a elaborar y contener. Hablamos a nuestros hijos acerca de su rabia. Nos sentamos con ellos durante sus rabiets temperamentales, les ayudamos a contener la experiencia psicológica de la rabia, les damos una palabra-enfado- para ayudar a contener y simbolizarla. Dándoles una palabra, universalizamos y normalizamos la experiencia, de este modo, les ayudamos a contener la ansiedad que puede contener el intenso afecto. Les hablamos de lo que están sintiendo, de qué situaciones interpersonales provocaron esos sentimientos, y qué deben finalmente hacer con el sentimiento. Hacemos lo mismo con experiencias de amor, celos, y competitividad. Como padres, ayudamos a nuestros hijos a entender esos intensos estados afectivos y fisiológicos del sí mismo que amenazan su equilibrio psíquico. Resumiendo, contextualizamos los sentimientos con el mundo

interpersonal y hacemos de la experiencia algo seguro que sentir y algo seguro de lo que hablar.

Mi opinión, es que, al menos en las culturas occidentales, esta actividad de contención, contextualizadora y simbolizante, raramente ocurre sobre las experiencias eróticas que siente el niño. Sin embargo, es común descubrir a nuestros hijos de tres o cuatro o cinco años masturbándose, o en otros estados de excitación sexual, pero es verdaderamente raro entablar con ellos las elaboradas y explicativas conversaciones que por costumbre llevamos a cabo para explicar el enfado u otras emociones intensas. Somos incapaces de intervenir, de ofrecer explicación o contexto que desintoxique la vergüenza, y añada una juguetona y transgresiva libertad a la experiencia interna. Entonces crecemos, con nuestra cultura, sin tener, ni la lengua para captar, describir y controlar nuestras primeras experiencias eróticas, y echando de menos también (siendo tal vez lo más importante) un contexto relacional internalizado, que nos informa, incluso después, de que es posible llevar a cabo esa contención compartida y explicación gradual de una experiencia erótica interpersonal, permitiendo que la diversión se disfrute sola. Sin embargo, es precisamente dentro de semejante contexto interpersonal que debemos revisar y re-suscitar nuestros patrones infantiles de excitación y deseo y, de hecho, jugar con ellos de una forma que sustente nuestros compromisos eróticos.

Es tan sólo a través del tiempo y con la creciente sofisticación evolutiva, que puede comenzar a desarrollarse y establecerse una conexión de fantasía entre el eros de la oscuridad y de la luz, y su actualización en experiencias sexuales vividas. De esta manera puede trascender mundos de experiencia disociados un acto Loewaldiano (1988) de verdadera sublimación -"sublimación (a) es pasión transformada". En situaciones óptimas, tanto el sistema de fantasía bifurcada y su capacidad para contener sus extremos dentro de un contexto interpersonal, pueden finalmente juntarse en una sinergia erótica. Sin embargo, donde el desarrollo ha fallado, por cualquiera múltiples motivos, para conseguir su despliegue, el psicoanálisis puede ofrecer un espacio transicional, un espacio en el que la vergüenza puede ser desintoxicada, la capacidad para sostener un estado de anticipación placentera puede desarrollarse, y una juguetona atmósfera transgresiva entre paciente y analista puede resucitar estados perdidos del sí mismo y de relaciones de objeto, entrecruzándose entre ellas, sosteniéndolas juntas, experimentándolas en aislamiento y, en nuevas y emergentes combinaciones de integración transformativa. Cuando esto ocurre, creo que tenemos un ejemplo de sublimación como un suceso relacional, como un desarrollo psíquico en proceso. No obstante, para que semejante proceso se despliegue, el analista le debe con frecuencia preceder, o al menos demorar, a formas más tradicionales de interpretación para comprometerse libre y juguetonamente en las fantasías de sus pacientes y esquemas del self/otros. La interpretación nos ayuda a centrarnos, reflejarnos, ser conscientes. Pero en el transcurso del trabajo analítico siempre hay un tenue balance entre el facilitar la auto-conciencia y crear un tipo de auto-conciencia inhibidora. El balance es complicado. Es el espacio en el que la estética psicoanalítica reemplaza a la precisión psicoanalítica, como la luz que guía la decisión clínica. La libertad para poner en marcha y elaborar un experimento, se convierte, temporalmente, en tan importante o más importante que la comprensión misma.

En algún momento al comienzo del tercer año del análisis de Rose, algo en la naturaleza de nuestra relación comenzó a cambiar. Rose parecía más impaciente, más insatisfecha, más frustrada con el ritmo de trabajo. Me pregunté si ella sentía mi propia frustración e inquietud y reaccionando antes ellas por sí misma. Pero cuanto más tranquilizaba a Rose, más se enfadaba. "Siempre eres tan buena, tan paciente", decía llorando. "¿Tu nunca te frustras o

te enfadas? ¿Nunca quieres simplemente gritar? A veces me vuelves loca”. Parece como si finalmente, Rose estaba empezando a quitarse mi “Bob-osidad” de su espalda y la ponía de lleno en mi cara.

“¿Así que mi bondad y paciencia te enfadan?”, sugerí. “Lo odias, me odias, quieres gritarme gritarme y gritarme. Tengo la sensación de que quieres pelear”.

“OH, SI QUE QUIERO, Jody, quiero luchar fuertemente contra ti. Quiero darte una paliza en el suelo cuando dices esas cosas..... tan correcta y moralista..... Lo odio, es como algo pegajoso y repugnante y sofocante..... TENGO que acabar con ello. Pero tú tienes que luchar también . Tiene que ser una dura lucha. Tengo que hacer que quieras luchar contra mí, y luchar muy duro contra mí.”

“Rose, creo que tengo que luchar contra tí como Bob nunca pudo. Mi enfado tiene que ser fuerte y firme, tiene que tolerar tu enfado y el mío también. Tengo que estar enfadada y ser mala junto a tí. Tengo que dejar que tu enfado me penetre, y mi enfado te penetre. Creo que quieres sentir su fuerza en tu cuerpo.”

Rose estaba callada. Parecía perdida en un ensueño. En algún punto su enfado se juntó con tristeza y comenzó a llorar. “Odiaba cuando se ponía así”, dijo suavemente. “Siempre era yo. Decía, ¿no te enfada eso o te enfada aquello? Y él me sonreía con esa misma suave y reprochante sonrisa, y decía, “Ahora Rosie...`OOOOOOO odiaba eso muchísimo!!!!..... “Ahora Rosie.....” Yo era mala y él era bueno y yo tenía que tratar, tratar y tratar de ser mejor..... OOOOOOOO como lo odiaba, odiaba, odiaba.....”

“Vamos, Rose”, dije. “Lucha conmigo. Dime lo que realmente odias de mí. Dime cuando no puedes soportar escucharme durante un sólo segundo más y quieres estamparme mis palabras en la cara y metérmelas por la garganta”.

“Tengo una imagen lanzándote un puñetazo en el mismo centro de tu cara. Oh Dios, Jody....ooooooooo no lo digo en serio. Pero tengo que admitir (una risita) que me hace sentir poderosa. Envía una especie de estremecimiento a través de todo mi cuerpo.”

“¿Parecido al buen sexo?” Dije, una pregunta escueta y una sonrisa al final de mi voz. Se rió y giró la cabeza para sonreírme detrás del diván. Entonces se tapó la cara, estaba a punto de comenzar a comprender la representación que se había estado formando entre nosotras.

“Algunas veces Sam y yo jugamos a pelearnos cuando hacemos el amor”, me dijo suavemente y muy avergonzada. “Y, a veces, bueno, a veces, oh no lo puedo decir.”

“¿El qué Rose?”

“Bueno, a veces cuando pierdo, que no es siempre,” se apresuró a informarme, “bueno, a veces, cuando pierdo, el..... el..... bueno....Sam, me da un pequeño azote,” y se tapó la cara con sus manos, “no duele de verdad ni nada..... pero me excitaaaaaaa muchísimo.”

“Bueno, si realmente no duele, la excitación es buena,” le sugerí. “Y es tan bueno que lo bueno no tiene que ser bueno para ti de la forma en la que lo suele ser. Bueno puede ser un poco malo, un poco travieso. A veces es más divertido ser una chica mala. A veces es más sexy”. Tomé la decisión de que ella no interpretase lo que Rose me decía junto con líneas más tradicionales. No uní su miedo a la agresión junto a la depresión de su madre ni la vulnerabilidad de Bob o las vicisitudes de su propia vida de fantasía. Decido dejar solo su deseo hacia mí de ser dura, fuerte, y penetrante junto con sus implicaciones transferenciales. Esto puede llegar en un momento más adelante. En ese momento decido

mantener los dos aspectos de la experiencia erótica de Rose para ella, de tal forma que ella pueda jugar con sus implicaciones de un modo más abierto conmigo. Esperé que el jugar conmigo pudiera aliviar algo de la vergüenza de Rose. Traté de ser un poco más su “Sam”. Esperé ayudarla a unir los dos mundos entre los que había estado atrapada. Traté de proporcionar la experiencia relacional de contenido erótico y creación de significado que había estado ausente desde su infancia.

No mucho después de esta sesión, Rose me informó, con mucha angustia y confusión, que había estado teniendo sueños sexuales sobre nosotras dos. “Muy explícitos y eróticos”, me dijo. Pero noté que, pese a que ella estaba de alguna forma avergonzada y sorprendida por el contenido de sus sueños, tal vez no estaba tan profundamente avergonzada por ellos como uno se imaginaría de esta mujer, por otro lado, convencional y tradicional. De hecho, noté desde detrás del diván, que ella estaba sonriendo, a medida que los relataba – avergonzada pero sonriente. A las dos nos sorprendió el descubrir que Rose, “Santa Rosa”, estaba actualmente jugando con su completamente nueva dimensión de sus deseos homosexuales. De nuevo, decidimos relegar la comprensión por el momento, y jugar.

“Imagino que esto es un poco más de lo que te esperabas, ¿no Rose?”, le dije. Rose se rió. Su risa explotó en una carcajada de placer sincera.

“¿Qué es tan divertido?”, pregunté. “Cuéntamelo”.

“Acabo de ver la imagen de mí, diciéndoles a mis muy tensos, medio occidentales y moralistas, hijos, que su madre de casi 80 años no sólo disfruta de ser azotada de vez en cuando por su nuevo y sexy novio, sino que también, a la edad de casi 80 años, estaba contemplando el convertirse en lesbiana. “¿Puedes imaginártelo?” Rose se giró para mirarme desde el diván. “¿No sería eso, simple y completamente DELICIOSO?”. Y Rose literalmente estalló en este momento en un sincera carcajada que venía desde el estómago. Una en la que me sentí libre para acompañarla.

Creo que es importante añadir, en este contexto, que el emergente y creciente placer de Rose, una especie de erótica y placentera trasgresión, un tipo de trasgresión obvia, tanto en el contenido de sus fantasías como en su relación conmigo, en realidad pavimentó el camino, en vez de cerrar una posterior pero más seria exploración de la dimensión homoerótica de su vida de fantasía sexual. Es de hecho, en el contexto de mi trabajo con Rose, cuando comencé a considerar lo significativo de la relación madre – hija, así como de su elaboración en la fantasía, mediante la libidinización de la experiencia de la niña pequeña y el establecimiento de la capacidad para las relaciones eróticas y sensuales. (Para un seguimiento más completo de esta cuestión, ver Davies, 2006).

Es en el centro de nuestras alegrías cuando Rose comenzó a recordar aspectos de su pasado que antes no habían estado disponibles. Me dijo que su padre siempre tuvo una extensa colección de pornografía, que Rose examinaba culpablemente, siempre que limpiaba su estudio. Me explicó como miraba la pornografía y trataba de sustituir la cara de la mujer de la fotografía, la mujer con la que ella creía que su padre tenía un noviazgo, por las caras en las escenas eróticas. Un día me confesó,

Me sentí como si tuviese una relación con la mujer de la fotografía. La amaba y la odiaba intensamente. Me robó a mi padre, era a ella a quien él miraba y quería y no a mí. Pero parecía estar tan viva, ser tan cálida, tan feliz; tan diferente de mi madre. Yo quería ser ella y no yo, de tal forma estaríamos yo y mi padre. Quería que ella fuese mi madre. Algunas veces [dijo en un susurro] creo que incluso quise ser mi padre para poder tocarla y sentir su cuerpo real. Ella está dentro de mí y yo estaba dentro de ella,

y algunas veces yo estaba dentro de mi padre y estaba tocándola a ella. Creo que debía excitarme mucho cuando me imaginaba tocándola a ella, sería muy difícil no tocarme a mí misma, me excitaba y sonrojada y no podía respirar. Tal vez si me toqué a mí misma. Pero después me debí sentir disgustada y avergonzada. Y comencé a pasar más y más tiempo dentro de esa habitación con esas revistas guarras y con esa mujer. Nunca le he contado a nadie nada de esto. Debes pensar que estoy disgustada! De alguna manera lo dejé todo cuando me casé con Bob. Era tan bueno. Sentí que tenía que estar a la altura, que tenía que merecer la pena para él. Creo que le vi tanto como un escape, como mi salvación.

Es de una enorme significación clínica, añadir que fue en medio de la exploración de sus fantasías más homo-eróticas (tanto pasadas como presentes) cuando Rose llegó a entender como ella misma se había defendido activamente contra una unión más intensamente erótica con su marido Bob. Llegó a ver como Bob, “su cuidador”, se había unido a la evocación de una imago y sensación maternal temprana, y de esta manera le llevó peligrosamente cerca de sus experiencias homo-eróticas más peligrosas psicológicamente. Evitando las experiencias intensas y apasionadas con Bob, Rose había evitado traer esta parte de su vida erótica psíquica a la plena consciencia. Es interesante que el trabajo analítico que Rose y yo hicimos sobre estos temas, permitió que las dimensiones más tiernas de su vida erótica con Sam emergiesen más plenamente y hacer de la dimensión sadomasoquista juguetona de su relación sexual, tan sólo una de varias opciones placenteras.

Hay tantas cosas que podrían decirse sobre este material clínico, sobre su relación con el bifurcado sistema de fantasía erótica y representación del self/otros que aquí propongo. Estoy segura de que he lanzado más preguntas de las que he respondido. Pero en la densa e infinita arena de nuestros sí mismos eróticos, esto es, tal vez, todo lo que se puede esperarse.

¿Quién soy yo entonces? ¿Quién es Rose? ¿Quién es usted, cuando cada uno de nosotros se enfrenta a un amante desnudo? ¿De qué edad? ¿Qué parte del cuerpo? ¿Cual fantasía sexual de entre tantas, vendrá a representar entre nosotros? ¿Qué trauma debe ser reconstruido?, ¿Qué secretos deseos nos encontraremos y cuales serán frustrados y quedarán sin liberar? Cuantos diferentes sí mismos sostendremos, cuantos proyectaremos y permitiremos que sean atrapados por el otro? ¿Qué acto sexual individual, qué episodio de una noche, qué duradera pasión puede probablemente contener todo ese potencial para el deseo erótico, y la potencial decepción y desesperación?. La completa singularidad del momento es capturada preciosamente, yo creo, en un relato corto de Joyce Carol Oates (1983):

¿O fue ese (se preguntaba a veces Marianne), la primera mirada significativa que hubo entre ella y un hombre, cargada con significado erótico, casi intolerablemente excitante en todo lo que prometía, o insinuaba, o asustaba? -(era) esta mirada, este intercambio de miradas, el que constituyó el pináculo del romance: para ella, que había experimentado miradas de hombres que la penetraban hasta la médula de sus ser, dejándola aturdida, perpleja, débil, y de alguna forma arrasada. Y golpeada por la realización de que ningún gesto físico, siguiendo tal promesa, pudiera ser igual a ello. [p.24].

La mayoría de nosotros hemos aceptado, creo, que nuestros sí mismos sexuales son múltiples; cada uno, todos nosotros, somos muchas sexualidades diferentes, somos muchas partes del cuerpo diferentes, somos muchas fantasías diferentes, somos muchas relaciones

diferentes. Nuestros sí mismos están compuestos de múltiples identificaciones y contra-identificaciones, emanando de diferentes épocas evolutivas, organizadas alrededor de diversas estructuras y capacidades cognitivas en desarrollo, entrelazadas con cuerpos que crecen, se elaboran, se desarrollan y luego se deterioran con el tiempo – todo esto, siempre en relación a otros, el/ella otros que son parciales, parentales, imaginarios y finalmente (aunque no durante un extenso periodo de tiempo) actuales amantes y compañeros de sexo. En cualquier momento sexual dado nos construimos a nosotros mismos y a nuestros amantes, fuera de la vasta gama de posibilidades, una especie de intersubjetividad erótica – no tan yo, no tan tu, no tan dentro y no tan fuera, siempre única a los dos amantes implicados, todo el tiempo intensamente excitante, pero profundamente decepcionante. Como Marianne, en el momento específico de la consumación celebramos nuestra pasión y sufrimos nuestras desechadas opciones y nuestros sí mismos potenciales perdidos. Imaginamos, creamos, y destruimos. Y, como en todo buen juego, en el momento inmediatamente posterior comenzamos el proceso de nuevo desde el principio.

REFERENCIAS

- Bach, S. (1994), *The Language of Perversion and the Language of Love*. Northvale, NJ: Aronson.
- Bader, M. J. (1993), Adaptive sadomasochism and psychological growth. *Psychoanal. Dial.*, 3:279–300.
- Benjamin, J. (1995), *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Davies, J.M. (1998), Between the disclosure and foreclosure of erotic transference-countertransference: Can psychoanalysis find a place for adult sexuality? *Psychoanal Dial.*, 8, 747–766.
- _____ (2003), Falling in love with love: Oedipal and postoeidipal manifestations of idealization, mourning, and erotic masochism. *Psychoanal. Dial.*, 13:1–27.
- _____ (2006), From Oedipus Complex to oedipal complexity: Reconfiguring (pardon the expression) the negative oedipus complex and the disowned erotics of disowned sexualities. Presented at the meeting of the Division of Psychoanalysis of the American Psychological Association, April 22, Philadelphia.
- Dimen, M. (1999), Between lust. *Psychoanal. Dial.*, 9:415–440.
- _____ (2003), Between lust and libido: The ewww factor in psychoanalysis. Presented to the International Association of Relational Psychoanalysis and Psychotherapy, November, New York.
- Fairbairn, R.W. (1943), The repression and return of bad objects (with special reference to the war neuroses). *British J. Med. Psychol.*, 19:327–341.
- Ghent, E. (1990), Masochism, submission, surrender—Masochism as a perversion of surrender. *Contemp. Psychoanal.*, 26:108–136.
- Goldner, V. (2004), Attachment and eros: opposed or synergistic? *Psychoanal. Dial.*, 14:381–396.
- Kernberg, O. F. (1991), Aggression and love in the relationship of the couple. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 39:45–70.
- Klein, G. S. (1959), Consciousness in psychoanalytic theory: Some implications for current research in perception. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 7:5–34.
- Laplanche, J. (1976), *Life and Death in Psychoanalysis*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Loewald, H. (1988), *Sublimation*. New Haven, CT: Yale University Press.
- McDougall, J. (1989), *Theaters of the Body*. New York: Norton.
- Mitchell, S. A. (2001). *Can Love Last?* Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Oates, J. C. (1983), Old Budapest. *Kenyon Review*, 5:8–36.
- Slavin, J. H. (2002), The innocence of sexuality. *Psychoanal. Quart.*, 71:51–79.
- Slavin, J. H. (2004), The innocence of sexuality. *Psychoanal. Quart.*, 71:51–79.
- Stein, R. (1998), The enigmatic dimension of sexual experience: The “otherness” of sex. *Psychoanal. Quart.*, 67:594–625.

Comentario del trabajo de la Doctora J.M. Davies realizado por Rosario Castaño

La autora nos regala citas impresionantes de los grandes poetas como ésta: “Rezo para que el amor nunca venga a mí con este intento asesino, a desmedidos ritmos y salvaje ni fuego ni estrellas tienen armas tan potentes como las de Afrodita” (Eurípides) o esta otra “El lunático, el amante y el poeta, son todos de imaginación compacta” (Shakespeare), para abordar el complejo, misterioso e inquietante mundo de la pasión, la excitación, el deseo y el amor.

Le interesa el desarrollo y vivencia de la sexualidad en el marco de la matriz relacional y se observa todo un bagaje formado a la sombra de los grandes autores del psicoanálisis clásico y contemporáneo. Ella misma reconoce que plantea más preguntas que respuestas sobre lo sexual, lo sensual, lo romántico... ¿qué es lo que hace que alguien se enamore de verdad? ¿qué es lo que nos hace vibrar y sentir un anhelo desmedido? Sus inquietudes se acercan a las nuevas preocupaciones del psicoanálisis para desenredar y deconstruir las claves de la pasión romántica.

Nos encontramos con términos como: intimidad, excitación física, emoción, satisfacción, liberación, libido, lujuria, fantasía erótica, frustración, ternura, agresión, vergüenza, dominación y sumisión, humillación, vulnerabilidad, anticipación placentera, sexo bueno y sexo malo. Juego, empatía.

Es un texto denso, lleno de planteamientos y sugerencias que invitan a la reflexión, unido a un extenso e interesante caso clínico al que denomina Rose.

- Plantea la pasión, el encuentro sexual, como una experiencia estética, creativa y transformadora ligada también al sufrimiento y expuesta a sentimientos como la vergüenza, la humillación, el riesgo de abandono y toda una serie de “peligros” que lanzan al enamorado a sus propias vulnerabilidades.
- Sugiere la existencia de dos sexos, uno bueno y otro malo, uno ligado a la ternura y otro relacionado con la perversión, uno del lado de la luz y la seguridad y otro del lado de la aventura y la oscuridad.
- Plantea que la fantasía sexual lleva siempre una contrapartida de perversión y sentimiento de vergüenza, de hecho la habilidad para absorber esa vergüenza y tolerarla, mientras se extrae placer sexual es un logro del desarrollo y una precondition para la satisfacción sexual.
- Considera que un grado óptimo de frustración sexual es una dimensión absolutamente necesaria de la excitación sexual y el placer.
- Ve la “anticipación placentera” como una condición necesaria para mantener la excitación física y mental, haciéndola tolerable e incluso una experiencia de disfrute, tan sólo porque mantiene en mente una creencia en la satisfacción final y desahogo.
- Las primeras experiencias infantiles de excitación y relajación, en esos primerísimos ciclos es cuando la capacidad de un niño para creer en y contar con la satisfacción de intensos estados de necesidad empiezan a fusionarse y de hecho, la capacidad posterior para extraer placer de la excitación y la frustración mientras va anticipando esta resolución va formando un sustrato fisiológico para posteriores placeres sexuales y eróticos.
- Existen múltiples eróticas, se aceptan múltiples selfs sexuales, cada uno de nosotros somos muchas sexualidades diferentes, muchas fantasías diferentes, nuestros selfs

están compuestos de múltiples identificaciones contra-identificaciones emanando de diferentes épocas del desarrollo.

Por eso resalta la pregunta que todos nos hacemos en algún momento de nuestras vidas ¿Quién soy yo cuando estoy desnudo/a ante mi amante? Y trae una descripción detallada y muy sugerente de la relación de Rose con su actual amante y su marido, así como la relación entre la paciente y la terapeuta. En este caso clínico se observa una clara lucha entre el deseo y el amor como cuando Rose dice “quise a Bob pero Sam está en mi cuerpo” y también hay sinceridad en la autora al describir todo lo que le moviliza la paciente. En boca de la paciente oímos ¿quién soy yo desnuda ante mi amante? y en boca de la terapeuta ¿quién soy yo para mi paciente en estos momentos, soy Bob o soy Sam?

Me gustaría destacar términos técnicos que he ido asociando a medida que leía el caso de Rose, la autora hace hincapié en el psicoanálisis como un espacio transicional y en la necesidad de no acudir tanto a la interpretación como a vivenciar y experimentar el juego contratransferencial que se va produciendo entre las dos. He pensado en el concepto de empatía y en la capacidad de jugar permitiendo identificaciones y el desarrollo de la fantasía.

Kohut, en 1984 definió la empatía como *la capacidad de penetrar con el pensamiento y el sentimiento en la vida interior de otra persona, como la capacidad de vivenciar en todo momento de la vida, lo que otra persona vivencia, aunque por lo común en un grado atenuado; este concepto viene del sánscrito y significa fijar, atar, asegurar, clavar a la tierra opuesto a escisión, separación* (García de la Hoz) también Bolognini resalta que, *una verdadera y profunda disposición empática, es valorada de forma realista, teniendo en cuenta las complejas interferencias de las transferencias y contratransferencias originales y de aquellas que son inducidas recíprocamente por ambos miembros de la pareja psicoanalítica.*

La paciente puede abandonarse y explorar sus deseos porque se produce un juego de identificaciones en la pareja paciente-terapeuta ¿Crees que me puedes ayudar? Le dice Rose, no lo sé, Rose... todavía no estoy segura.... le responde Jody, yo tampoco estoy segura.... “dos maníacas sexuales, eso haría de nosotras una buena pareja” ... *la condición con la cual el sí-mismo puede abandonar el control es que el otro pueda asumir ese control, el sí-mismo está protegido contra el vacío aterrador que se produce cuando no hay nadie allí, cuando se siente como imposible la fusión en una unión de iguales, aunque parezca una paradoja* (Benjamín).

La identificación sentida del analista con el paciente forma ahora gran parte de la base de la toma de conciencia de éste último y crea una sensación de exploración operativa de la experiencia humana; caminando hacia el discurso del uso del objeto en lugar de la interpretación (Benjamín).

Estoy de acuerdo con Jody Davies cuando escribe: *Pienso en el trabajo de Jessica Benjamin sobre el reconocimiento y la negación, su creencia en que “lo que erotiza a la sexualidad es la supervivencia del otro a través del ejercicio del poder, la capacidad de Eros para jugar con, en vez de ser extinguido por la destrucción, elaborada por la fantasía.*

El juego que permite la erotización en la pareja sexual al igual que el juego de la pareja analítica que permite desarrollar la capacidad transformadora, requiere de la confianza y capacidad de entrega, sin miedo a la destrucción de partes del si-mismo.

Nos presenta un caso donde se refleja claramente que *el analista no es un analista-fuera, un observador sin memoria y sin deseo sino un analista-dentro que participa en una actividad compartida; podemos hablar del analista como un colaborador del paciente comprometido en una continua negociación* (Fonagy).

Cito a Davies: *el psicoanálisis puede ofrecer un espacio transicional, un espacio en el que la vergüenza puede ser desintoxicada, la capacidad para sostener un estado de anticipación placentera puede ser desarrollado y una juguetona atmósfera transgresora entre paciente y analista puede resucitar estados del si-mismo perdidos y relaciones de objeto perdidas, entrecruzándose entre ellas, sosteniéndolas juntas, en nuevas y emergentes combinaciones de integración transformadora. Agradecemos a Davies su claridad y agudeza.*

Referencias de la comentarista:

- Benjamín, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor, ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*, Buenos Aires: Paidós, (pp.167-196).
- Bolognini, S. (2004). *La empatía psicoanalítica*. Buenos Aires: Lumen Col. Psicología integrativa, perspectiva interdisciplinaria. Lumen (pp.170-222).
- Fonagy, P. (2004). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Barcelona: Espaxs (pp. 133-143).
- García de la Hoz, A. (2000). *Teoría psicoanalítica*, Madrid: Biblioteca Nueva- Quipu. (pp.180-203).

NOTAS

¹ Publicado originalmente como: Davies, Jody Messler (2006). 'The Times We Sizzle, and the Times We Sigh: The Multiple Erotics of Arousal, Anticipation, and Release', *Psychoanalytic Dialogues*, 16: 665-686. Publicación on-line: 5 de Abril de 2007. Reproducido y traducido con permiso del autor y de la editorial propietaria de los derechos (Taylor & Francis, <http://www.informaworld.com>). Traducción castellana de Rosario Castaño Catalá revisada por Alejandro Ávila Espada.

² Jody Messler Davies, Ph.D. es co-editora principal de la revista *Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives*; Profesora, supervisora y anterior co-presidenta de la Perspectiva Relacional del Programa Postdoctoral de Formación de la Universidad de Nueva York en Psicoterapia y Psicoanálisis (Relational Track, New York University Postdoctoral Program in Psychotherapy and Psychoanalysis); Miembro fundador y anterior Vice-presidenta de la International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy, Miembro fundador del *Stephen A Mitchell Center for Relational Psychoanalysis*. La Dra. Davies es coautora (con Mary Gail Frawley-O'Dea) de *Treating the Adult Survivor of Childhood Sexual Abuse: A Psychoanalytic Perspective*. La Dra. Davies ha escrito sobre los temas de trauma, disociación, multiplicidad de la organización del self, así como numerosas series de trabajos sobre los aspectos sexuales y eróticos del proceso de transferencia/contratransferencia.